

## Chile

I. *El fin del mundo*

**D**ESPUES de la creación del mundo, dice la Biblia, "y acabó Dios en el día séptimo su obra que hizo, y reposó el día séptimo de toda su obra que había hecho". Pero, lo que la Biblia no dice es que, en el momento preciso en que Dios se disponía a tomar un bien merecido descanso, un arcángel muy alterado, vino a avisarle que algo imprevisto ocurría en la creación: habían quedado pequeñas cantidades de todos los elementos empleados en la formación del mundo.

¿Qué hacer con todo eso? ¿Qué hacer con toda esa arena y esos hielos? ¿Qué hacer con los volcanes, los metales, los árboles, los ríos, el calor y el frío, los jardines y los desiertos, los trópicos y los témpanos, los fiords y los valles? ¿Qué hacer con todos esos animales y todas esas flores? El Todopoderoso, justamente contrariado por semejante error de cálculo de parte de sus subordinados, y resuelto a no dejar turbar su reposo, ordenó al mensajero que lo arrojara todo, en un solo montón, a cualquier parte del extremo del mundo que acababa de crear. El arcángel deliberó con sus colegas de las falanges celestiales: en apresurado vuelo inspeccionaron el mundo. Después de un rápido cambio de ideas, decidieron que los Andes, que formaba una barrera a lo largo del continente sudamericano, parecían corresponder, en cierta forma, al sitio designado por el Señor. Tomaron entonces todo lo que quedaba y lo dejaron caer detrás de la enorme cadena de montañas. Fué así como, entre la Cordillera de los Andes y lo infinito del Océano Pacífico, surgió una estrecha faja de tierra que contenía todos los elementos que habían servido para hacer el resto del mundo; y Dios dejó a sus creaturas favoritas el cuidado de reunirlos en un todo, capaz de formar un país y una nación.

Volando sobre las cumbres de los Andes, e inspirado por lo que tienen de sublime, así me imaginé la creación de Chile.

No hace mucho tiempo, en la época de Mermoz y de Guillaumet —sin hablar del audaz aviador chileno Godoy, que los había precedido en 1918— era tan aventurado atravesar la enorme cadena de montañas como emprender un viaje al fin del mundo. Hoy día, como la distancia entre Nueva York y Buenos Aires es más corta si se pasa por la capital chilena que yendo vía Río de Janeiro, las grandes compañías americanas y chilenas realizan esta misma hazaña varias veces al día. Durante tres horas, aproximadamente, es más o menos inútil mirar por la ventanilla del avión: se vuela sobre la pampa argentina, ilimitada como el océano. Después lenta e imperceptiblemente, el terreno comienza a ondularse. En media hora más estamos en Mendoza, una de las más hermosas ciudades de Argentina, engastada como una joya al pie de la Cordillera. Detrás de ella, semejante a un cortinaje mitológico, se eleva la enorme cadena de montañas.

Como si la tierra hubiera sido bruscamente destrozada por una terrible convulsión, moles de granito en formas atormentadas y pavorosas se yerguen en un esfuerzo desesperado por traspasar las nubes. El avión embiste derecho hacia la áspera muralla y vuela a una altura inferior a la de las cumbres circundantes, entre las cuales se abre camino. Muy diferente a los Alpes suizos, cuyos contornos parecen suavizados por un marco de civilización, estas montañas salvajes, monumentales, aterradoras, evocan más bien el Himalaya. Luego pasamos a unos cuantos cientos de metros bajo el punto culminante de esta cadena majestuosa. Con la nieve aferrada a sus flancos azotados por los vientos, el Aconcagua, que desde lo alto de sus siete mil metros domina todo el hemisferio occidental, preside esta asamblea de gigantes coronados de nieve. Mucho más abajo, hacia la izquierda, serpentea el famoso paso de Uspallata, desfiladero que atraviesa, cuando el tiempo lo permite, el ferrocarril transandino construido por los ingleses. Un poco más lejos,

un punto minúsculo en la nieve es la gigantesca estatua del Cristo que marca la frontera entre Argentina y Chile. En el pedestal están grabadas estas palabras: "Estas montañas se transformarán en polvo, antes que Chile y Argentina rompan la paz que han jurado mantener a los pies del Cristo Redentor". Y los colosos que rodean la estatua confieren a estas palabras una solemnidad incontestable. Lentamente, el Aconcagua, aislado en su altiva soledad, pasa cerca de las alas del avión. Paulatinamente, las montañas se vuelven más suaves, un poco de verdor cubre sus laderas y las humaniza. El avión vuela más bajo; nos encontramos ya sobre la pendiente que va al Pacífico. A nuestros pies, valles verdeantes y pueblecitos: el paisaje es otra vez plano. Ya hemos franqueado esta fantástica faja de tierra, esta cadena gigante, cuya longitud es igual a la distancia entre París y Dakar; en anchura raras veces excede la distancia entre París y Lille, aunque está formada en toda su extensión por dos cadenas paralelas. Estamos en Chile, el país que tiene la configuración más extraña del mundo.

La República de Chile se aferra al borde del continente como si temiera ser aplastada por la cordillera o arrastrada por el mar. Entre los picachos nevados y el más vasto de los océanos, esta estrecha faja de tierra le ha dado a Chile su suerte y ha formado el carácter de su pueblo. La excentricidad misma de esta posición geográfica impresiona al visitante; no es de asombrarse, por consiguiente, que haya moldeado al pueblo que la habita.

En efecto, los chilenos son bastante distintos de los otros pueblos del continente. En un mundo en que cada país se esfuerza por mantener todo un aparato complicado y costoso para darse la satisfacción de aparecer ante los ojos del extranjero, se experimenta una especie de alivio al llegar a una nación que tiene más bien tendencia a reducir al mínimo su valor.

La situación especial de Chile le ha dado a su pueblo un carácter insular que no ha degenerado, hasta aquí, en un sentimiento de superioridad. Al sur, el país está cerrado por la barrera de los hielos antárticos; al norte, desiertos inhospitalarios y sin vida lo aíslan de sus vecinos. A su espalda se alza el telón majestuoso de los Andes, y ante él se despliega el más vasto de los océanos. No es de extrañar que, hasta la aparición del aeroplano, Chile haya tenido la mentalidad de una isla. No es que

deje de tener a su crédito proezas históricas: cuenta con sus victorias militares, su tradición naval, sus riquezas naturales y su altiva belleza. Pero su población no sobrepasa los seis millones de habitantes, cifra bastante modesta si se la compara con los diez y siete millones de argentinos y con los cincuenta millones de habitantes del Brasil. La geografía ha librado a los chilenos de la tentación del gigantismo. Pero, hacer de esta abigarrada faja de tierra un país apto para la vida exigía un esfuerzo rudo y constante, que no permitía dejarse llevar por un sentimiento de superioridad racial ni por una excesiva confianza en sí mismo. Chile no posee la magnitud ni la riqueza fácil de la pampa argentina, como tampoco las promesas colosales que encierra el interior inexplorado del Brasil. La vida florece en pequeñas comunidades: ciudades azotadas por los vientos y rodeadas por bosques impenetrables en el sur; valles fértiles, pero cercado por las montañas en el centro; adustos campamentos de mineros aislados en la inmensidad del desierto en el norte. El país ha llevado una existencia "compartimentada", cada región se ha dejado absorber por sus propios problemas y se ha ocupado en luchar contra sus enemigos: los indios, los bosques, el clima. Esta existencia, sin embargo, ha dado nacimiento a una lealtad nacional común a todas las provincias, pero no ha podido alentar excesivos sueños de grandeza. Ha producido un pueblo tan positivo como los escandinavos, tan dedicado a las tareas prácticas como los suizos. La naturaleza ha preservado al chileno del encanto indolente de los brasileños y de la seguridad agresiva del hombre de la pampa. Lo ha hecho más duro para el trabajo, más alerta, y le ha conferido el respeto que siente el isleño por el extranjero y sus modalidades.

Naturalmente, muchos otros factores más fundamentales han contribuido a la formación del carácter chileno. El clima es, tal vez, el más importante de todos. Las regiones del centro, donde la población es más densa, gozan de un clima idealmente temperado. Más al sur, el clima es frío y lluvioso. Mientras los otros países del continente atraían casi en forma exclusiva inmigrantes del Mediterráneo, Chile, en particular en la región meridional, ofrecía un clima y un medio ambiente en que alemanes, franceses, suizos y yugoeslavos, como también los escoceses y los escandinavos, podían sentirse en su casa. En consecuen-

cia, aunque predomina la dulce raza andaluza, Chile ha recibido un aporte más considerable de sangre nórdica que cualquier otro país de América Latina. Otro factor esencial es la influencia de la sangre araucana, cuya importancia no debe subestimarse. De ahí provienen la pesadez y la lentitud, la tristeza inherente al carácter indígena, la melancolía inspirada por los bosques sombríos y esa ausencia de alegría tan típica, esta falta de juventud que, indiscutiblemente, han marcado a los chilenos. Esta doble influencia, la indígena y la nórdica, unida al rigor y a la pobreza de la vida, han impreso su sello en el pueblo que habita esta extraña faja de tierra, y han hecho que Chile sea, probablemente, el país menos latino de toda la América del Sur.

La primera diferencia, y la más notable, es la falta —tan apaciguadora— de énfasis y de esa elocuencia patológica que tanto llama la atención en la mayoría de los otros países del continente. Algunos, haciendo observar la forma extraña del país, hablarán de un complejo nacional de inferioridad, herencia del carácter insular que no se ha adaptado aún a la aparición del aeroplano. En realidad, creo que estas ideas nacen simplemente de la agradable sorpresa que experimenta el visitante que, por lo general, acaba de atravesar países cuyo verboso, y a veces violento nacionalismo, hace un contraste impresionante con la ausencia de pretensión de los chilenos.

En el momento presente sería difícil decir por qué a los chilenos había de faltarles confianza en ellos mismos. No son menos inteligentes que los pueblos que los rodean, y su país no es, por cierto, menos bello. Con toda probabilidad, su práctica constitucional es la más notable del continente, y tal vez, con excepción del Uruguay, sus servicios sociales son los que han alcanzado mayor adelanto y desarrollo. Lo que es aún más importante, es que las dimensiones y los recursos del país permiten prever sus posibilidades de desenvolvimiento con cierto grado de realidad, contrariamente a lo que ocurre en otras naciones, cuyos recursos, mucho más considerables, imponen tareas más pesadas, y al mismo tiempo, tienden a alentar cierto predominio de los sueños sobre la realidad. En el terreno de la cultura, Chile puede vanagloriarse de ser el primer país de América Latina que se haya adjudicado el Premio Nobel de literatura; posee las mejores uni-

versidades del continente (entre ellas una Universidad Técnica) los chilenos tienen un vivo interés por la literatura, interés que se demuestra principalmente por el número considerable de librerías que se encuentran aún en ciudades de importancia secundaria y por la existencia de grandes editoriales. Según tengo entendido —y el hecho es ciertamente significativo— Chile es el único país del mundo en que el mejor y el más serio de los periódicos, "El Mercurio", tiene el mayor tiraje. A diferencia del Brasil, donde la plenitud de la naturaleza llega a ser un poco aplastante para el hombre, o de Argentina, en que la riqueza del suelo y del ganado han hecho una gran nación casi sin esfuerzo, Chile ha tenido que penar duramente para llegar adonde está. Y si constituye todavía un país pobre, lo que ha realizado en veinte años es suficiente para darle la seguridad de que es el mejor colocado del continente para llegar a tener, en un futuro próximo, una economía equilibrada que casi le permita bastarse a sí mismo.

El camino recorrido no ha sido fácil.

Esta faja de tierra que hoy día se llama Chile, parecía demasiado pobre para tentar siquiera a los audaces Conquistadores. Sólo en 1535 Pizarro decidió conquistarla. Envió a su rival, Diego de Almagro, que se encontraba por ese entonces en el Perú, y le dio algunos de sus mejores soldados para agregar nuevas tierras al dominio del Rey de España. Pero Almagro y sus soldados luego tuvieron que advertir que los Indios de la costa meridional eran mucho más combativos que los Incas: pronto fueron arrojados fuera del país. Desalentados por esa resistencia inesperada y violenta y convencidos de que Chile no poseía los metales que tan ardentemente codiciaban, abandonaron por un tiempo sus proyectos de conquistas. Cinco años más tarde —un largo período si se piensa en el carácter impaciente y precipitado de la expansión española en aquella época— Pizarro decidió repetir la tentativa. Esta vez fue el ambicioso Pedro de Valdivia, uno de sus favoritos quien tentó suerte<sup>1</sup>.

Valdivia, que pertenecía a la raza de esos aventureros de gran reciedumbre que engendraba la España de entonces, era una personalidad poco común. Impulsado, co-

<sup>1</sup>El autor incurre aquí en una equivocación, pues fue Valdivia quien solicitó, de mutuo propio, se le permitiera intentar la conquista de Chile. (N. del E.).

mo los otros conquistadores, por una curiosa mezcla de fervor religioso y de amor a la aventura, a la que se unía la sed de descubrir metales preciosos, llegó a Chile a la cabeza de ciento cincuenta españoles y de unos tres mil indios. Su devoción no le impedía traer consigo a su bella e intrépida amante, Inés de Suárez, quien cabalgaba a su lado dispuesta a compartir con él los mismos peligros y aventuras. Siguiendo la más pura tradición de los españoles creadores de imperios, penetraron por regiones que expedicionarios de hoy día considerarían infranqueables, bordearon desfiladeros rodeados de montañas de tres a cuatro mil metros, y combatiendo siempre llegaron hasta el río Bío-Bío. Allí los araucanos les dijeron, y continuaron repitiéndolo hasta fines del siglo XIX: "No llegarréis más lejos".

En su camino los españoles habían establecido seis puestos de avanzada permanentes, donde quedaba una guarnición, y que luego se convirtieron en las principales ciudades de Chile. Santiago, fundada en 1541, era uno de estos puestos. Entre los otros se encontraban Concepción, Valdivia y La Serena. Pero la resistencia de los indios estaba lejos de haberse quebrantado. En 1553, Valdivia fue llamado con premura para dominar un levantamiento de los indios en Tucapel. Los araucanos de esta región estaban dirigidos por Lautaro, que entonces sólo contaba veinte años y que fue, probablemente, el general indígena más grande de las dos Américas. Había sido sirviente en casa de Valdivia: por lo tanto, conocía bastante bien a sus adversarios. Sus hombres tendieron una emboscada a las fuerzas españolas y las exterminaron; Valdivia fue muerto. La lucha entre indios y españoles resultó larga y porfiada y sólo poco a poco se estableció entre ambos una frontera que, en línea general, coincidía con el Bío-Bío. Hoy día, la mayor parte de los descendientes de los indios habita en la región que se extiende más al sur de este río.

A fines del siglo XVIII don Ambrosio O'Higgins fue nombrado gobernador de un Chile más o menos conquistado. O'Higgins, en sus comienzos un inmigrante irlandés, tomó parte en las campañas contra los araucanos, y su capacidad de ingeniero puesta al servicio del ejército colonial español le valió un rápido ascenso. Llegó a ser Intendente de Concepción, y después gobernador del país. Finalmente

fue elevado al puesto más alto de la jerarquía colonial española al nombrársele virrey del Perú. Fue el hijo ilegítimo de O'Higgins quien llegó a ser el libertador de Chile, cuando este país, al igual que las otras colonias españolas, se encontró dividido por las guerras de independencia entre la lealtad que lo unía a la familia real y el deseo de emanciparse de la España de Napoleón. Bernardo O'Higgins, hijo del Virrey y de madre chilena, fue el primero de los tres "extranjeros" que desempeñaron un rol capital en la guerra de la Independencia de Chile.

En 1810, Chile se sublevaba a su vez y exigía la libertad. Pronto llegaron tropas españolas del Perú, fortaleza realista, para dominar la revuelta. Bernardo O'Higgins tuvo que retroceder ante las tropas realistas y tomando el paso de Uspallata y el camino que su padre había construido con un propósito muy diferente, llegó a la Argentina. Una vez allí, unió sus fuerzas a las de José de San Martín, el insigne y desinteresado argentino a quien la mitad de América del Sur debe su liberación. Pacientemente, San Martín reunió sus fuerzas en Mendoza; después en 1817, en una de las expediciones más legendarias de la historia, los dos hombres, cuyas tropas marcharon por distintos desfiladeros, atravesaron los Andes a más de cuatro mil metros de altura y derrotaron al ejército español en Chacabuco. Al año siguiente obtuvieron una nueva victoria en Maipú: Chile era un país libre.

Pero todo esto no habría quedado completo sin la colaboración de un personaje original, Tomás Cochrane, conde de Dundonald, almirante de la armada británica. Sus ideas avanzadas lo hacían en su país, a la vez, popular y detestado; abandonó su patria y en un gesto digno de Byron, puso su talento a disposición de América Latina en la lucha por la libertad. Durante la guerra de la independencia el puerto de Valdivia estaba aún en manos de los realistas y era el refugio de la escuadra española. Los patriotas chilenos bajo el mando de Cochrane, hostilizaron toda la costa del Pacífico, desde el Ecuador hasta la Antártica. Cochrane coronó su carrera con la toma de Valdivia, hazaña de una audacia excepcional, con lo que se acabó de expulsar a los españoles del territorio continental chileno. Para terminar, este escocés errante completó la obra de O'Higgins y San Martín transportando a éste y a su ejército en una escuadra chilena hasta el Perú. En

este país, que era el centro de gravedad del período colonial, la potencia española fue definitivamente quebrantada<sup>1</sup>.

San Martín, una de las figuras más desinteresadas de la Historia, después de haber contribuido a la liberación de la mitad de un continente, se desterró voluntariamente a Europa donde murió ignorado. Chile heredó de Lord Cochrane una tradición naval enteramente británica que no ha conocido jamás una derrota. O'Higgins chileno, e hijo de chilena, llegó a ser el gran libertador y el primer presidente electo del país que le debía su independencia.

La historia de la República de Chile había comenzado.

## II. *Tres países en uno*

Para facilitar el manejo del mapa de Chile se le imprime generalmente en tres trozos paralelos. Estas tres secciones de Chile —país cuya superficie total es superior a la de todos los estados europeos, con excepción de Rusia— corresponden a tres regiones geográficas distintas, de casi igual longitud. Comienza por Noruega en el sur, continúa con California en el centro y termina al norte en un pequeño Sahara.

Sin duda no hay nadie que haya descrito el paisaje siempre cambiante de Chile con mayor comprensión y sensibilidad que la poetisa Gabriela Mistral, laureada con el Premio Nobel de literatura, y que une con tanta fuerza en su propia persona la herencia indígena y la herencia española de su país. "Algo como una síntesis del planeta se cumple en la geografía de Chile" —escribe en "Panorama y color de Chile—". Empieza en el desierto que es comenzar con la esterilidad que no quiere hombre; se humaniza en los valles de la zona de transición; se hace hogar pleno para la vida en la zona del agro absoluto; toma una heroica hermosura forestal en el remate del continente como para acabarlo dignamente y se desmenuza al fin ofreciendo a medias la vida y la muerte en un mar que vacila entre su dicha líquida y su dicha búdica del hielo eterno..."

De estos hielos eternos, que forman un cortejo ingravido y blanco, surgió Chile. Desde el Cabo de Hornos hasta la isla de Chiloé, es un país salvaje y casi deshabitado, un laberinto complicado de canales, de

fiords y de estrechos, donde los ventisqueros descienden hasta el mar y los témpanos flotan como extraño velamen recortado contra un cielo gris y siniestro. No es ni tierra ni mar, es un entrelazado de lagos grandiosos que forma un paisaje comparable por su esplendor a la costa del Spitzberg. Es la región donde los nubarrones espesos, los arbustos arrancados por el viento y la tierra cubierta de nieve, se funden, como en las estampas chinas, en un paisaje maldito, árido, desolado, y azotado por los vientos. La línea costera se rompe en un solo punto por una brusca brecha hacia el Atlántico. Ahí está Punta Arenas, la ciudad más meridional del mundo, donde viven treinta mil personas, entre las que se cuentan escoceses y yugoeslavos, que se dedican a la crianza de ganado o se agrupan alrededor de los pozos de petróleo recientemente descubiertos. Después un poco más al norte, a medida que el clima se hace más favorable, empieza la zona de los bosques. Esta zona, lluviosa y cubierta de una vegetación selvática extremadamente densa, ha sido explotada sólo desde hace ochenta años por agricultores suizos, yugoeslavos, y, en especial, por alemanes que allí se han establecido. Esta región muy germánica y llena de promesas, apenas ha sido valorada hasta el presente y guarda todavía intactas sus riquezas.

Las ciudades establecidas al norte de la Isla de Chiloé llevan el sello de los alemanes. Estos, que empezaron a llegar a Chile desde mediados del siglo pasado, constituyen todavía el único grupo extranjero homogéneo de importancia. Puerto Montt, Puerto Varas, Osorno, Valdivia, parecen ciudades alemanas. El tipo físico del teutón predomina en las calles, casi todos hablan alemán y los nombres alemanes figuran en todos los "buenos" almacenes. Estos caracteres, más o menos comunes a toda la región alcanzan su grado máximo en Valdivia, que es en verdad una ciudad alemana en un marco chileno<sup>2</sup>.

Aunque por lo general, continúan empleando el idioma de su país de origen, muchos de estos colonos alemanes y sus descendientes han adoptado el modo de vivir de los chilenos y se han asimilado al nuevo medio. Sin embargo, en el curso de la

<sup>1</sup>Como se sabe, la campaña del Perú no pudo ser llevada a término por San Martín, que debió ceder el campo a Bolívar, cuyo lugarteniente Sucre ganó la definitiva batalla de Ayacucho. (N. del E.).

<sup>2</sup>Impresionado quizás por el fenómeno de la influencia alemana en el sur de Chile, fue evidente, es notable, el autor ha exagerado un tanto. Ni Osorno ni Valdivia, el "tipo físico del teutón" predomina en las calles, ni "casi todos hablan alemán". (N. del E.).

última guerra, en el momento en que triunfaban las fuerzas hitleristas, pretendieron desempeñar un papel más directo en la política de su país de adopción mediante diversas organizaciones pronazis; dadas su importancia económica y su competencia técnica, presentaron un serio problema para el gobierno chileno. Entre las dos guerras mundiales, el ejército chileno y los carabineros (policía militar extremadamente eficaz) habían sido instruidos por oficiales alemanes, y este hecho no carecía entonces de importancia<sup>1</sup>. Un gran número de oficiales chilenos había sido enviado a Alemania para perfeccionar su instrucción; en general volvían deslumbrados y profundamente impresionados por la eficacia y la capacidad de organización de que daban pruebas los alemanes. Pero con la derrota de la Alemania nazi, la agitación política se calmó y los chilenos-alemanes volvieron a actividades menos políticas y económicamente más útiles. Actualmente son alrededor de cincuenta mil, todos miembros pacíficos de la sociedad chilena y sus cualidades de ciudadanos son apreciadas en su justo valor.

En toda esta zona, donde dominan el cono plateado del volcán Osorno —el Fusi-Yama chileno— y otros volcanes igualmente pintorescos, las montañas y los lagos de transparencia de cristal hacen recordar a Suiza. En el borde Septentrional de la zona está la región de Temuco, en donde comienza el Chile indígena. Los araucanos, que defendieron heroicamente su territorio hasta el momento en que empezaron la inmigración y la colonización en gran escala de Chile meridional, están ahora reducidos a tres provincias. Diezmados por muchos años de guerra, a los que han seguido epidemias de viruela y de cólera, viven en su mayoría en la región que se extiende entre Valdivia y Concepción, en las tierras menos fértiles del Chile meridional. Según el censo de 1930 quedan cien mil araucanos en el país (parece que en el transcurso del siglo XX su número se ha acrecentado); pero hay más o menos doscientos mil individuos que pertenecen socialmente a la raza indígena. Lo que se conoce de su historia prueba que han sido excelentes guerreros; sin duda hay en ellos una mezcla de la población originaria del país con los indios de la pampa argentina, obligados a cruzar los Andes ante el avan-

ce de los gauchos. Cosa curiosa, su inconsistente organización social se reveló bastante sólida al permitirles detener a los incas y a los españoles y sólo hacia fines del siglo XIX abandonaron la lucha contra un enemigo superior en número y en armamento. Desde entonces el alcohol y las enfermedades han contribuido grandemente a su pacificación y se les ha acordado por lo menos teóricamente, los mismos derechos que a los otros ciudadanos.

Pero, en la práctica, los araucanos en Chile, siguen siendo un pueblo aparte. Puede ser que se encuentren indios en Santiago o en las grandes ciudades, pero esto es muy excepcional. En sus pueblos siguen con sus antiguas costumbres, aunque los tentáculos de la sociedad moderna industrial comienzan a alcanzar sus comunidades primitivas y a modificar lentamente sus tradiciones ancestrales. Originalmente eran un pueblo de agricultores sedentarios que vivía de la caza; habitaban chozas circulares hechas de estacas y paja; una estaca central sostenía el techo en declive; en el centro generalmente ardía el fuego que servía a la vez para calentarse y cocer los alimentos, y que llenaba la habitación o "ruca", de un humo denso. El clan totémico era la base de su organización social y los jefes de clan tenían autoridad sobre diferentes comunidades, a menudo muy alejadas unas de otras. La "centralización" que hoy día existe entre ellos es una consecuencia de la venida de los españoles, y la lucha prolongada que ha debido sostener han contribuido más que nada a unirlos en una "nación" orgullosa y consciente de sí misma. Su religión, practicada hasta hoy, es una especie de culto de los antepasados, llena de ritos extraños; se encuentra todavía en cada pueblo un "machi", especie de hechicero que goza dentro de la comunidad de un poder y de una autoridad considerable y que, generalmente, es una anciana. Aunque muchos hablan español, se comunican generalmente entre ellos en su propio idioma. Son en su mayor parte analfabetos, aunque desde hace tiempo el Estado y las escuelas misionales han multiplicado sus esfuerzos para darles un poco más de instrucción.

Los "mapuches" —es el nombre que a los araucanos les gusta darse y que en su idioma significa "los hombres de la tierra"— usan un traje pintoresco. Los hombres llevan "ponchos" de colores brillantes (El poncho es una especie de envoltura que protege el pecho y la espalda con una

<sup>1</sup>El ejército chileno fue reorganizado por técnicos alemanes a fines del siglo XIX. (N. del E.).



abertura circular para pasar la cabeza; su forma es idéntica a la del "sarape" de los indios de México). Las mujeres, algunas de ellas muy bonitas, parecen tener un gusto muy pronunciado por las curiosas joyas primitivas que para los ojos europeos rara vez son bellas. Muy difundidos son los enormes pendientes, un aderezo en forma de tiara del que cuelgan discos de plata y cofrecitos guarnecidos que llevan suspendidos al cuello y mucho se parecen a las cajas de plegarias de las mujeres tibetanas (con quienes las araucanas tienen muy estrechas semejanzas y que también acostumbran a cargar sus hijos a la espalda en forma de un atado). Las aldeas son en su mayoría bastante pobres; las casas, descuidadas y los araucanos en conjunto no son considerados como muy trabajadores. Actualmente algunos pueblos venden ponchos de colores vivos, dijes de plata y otros productos de su industria a las tiendas más y más numerosas que surten de curiosidad y "souvenirs" a los extranjeros que visitan el país. Algunos son artesanos, pero la mayoría trabaja lo poco de tierra que poseen. En conjunto, están marcados por una tristeza que es habitual a su carácter y que subraya su música lastimera y angustiada. Silenciosos e impassibles, dan con frecuencia la impresión de ser indiferentes y desprovistos de ambición; es difícil determinar si esta actitud constituye un carácter racial inmutable, si es el resultado de un régimen alimenticio mal comprendido e insuficiente, si proviene de la falta de educación y de cultura o si es el resultado del terco aislamiento de una raza orgullosa frente a la actitud oficial que no quiere reconocer la existencia de un problema indígena en el país. En todo caso, muy pocas familias indias producen más de lo que les es estrictamente necesario para su existencia; y es comprensible que los indios también se vean cada vez más expuestos a las tentaciones de la gran ciudad.

Los pocos indios que se encuentran en las ciudades trabajan como empleados domésticos o en calidad de obreros; sólo por excepción llegan a ocupar puestos que los coloquen en un plano de igualdad con el "hombre blanco". Uno de mis amigos, que vivía en la capital, tenía una sirviente india, una muchacha de constitución vigorosa, de rostro ancho, típico exponente de su raza. Aunque era prácticamente analfabeta se mostraba muy orgullosa de las hazañas guerreras de su pueblo. Era de pura

raza india y nunca se cansaba de repetir que pertenecía al "verdadero pueblo del país". Sólo una vez tuve oportunidad de conocer a un indio instruido: había llegado a ser maestro de escuela y obtenido un puesto subalterno en una de las instituciones sociales de la capital. Me pareció notar que se ponía mucho más comunicativo cuando sus colegas "blancos" abandonaban la habitación. Un día me confió —y la tristeza de su voz tomó un dejo de amargura— que a los "suyos" se les despojaba gradualmente de sus tierras; luego me preguntó si había oído hablar de la resistencia que durante siglos habían opuesto "los suyos" a los "extranjero". Al manifestarle mi admiración por el heroísmo de su raza me declaró en un modo convencido: "Los araucanos no aceptaremos jamás la esclavitud". Naturalmente, no se podía esperar que estuviera al corriente de la técnica de los Estados modernos y de su influencia sobre la concepción de la resistencia de las minorías. Pero lo que me había dicho bastaba, al confrontarlo con los sentimientos de altivez de la sirviente de mi amigo, para demostrar que aún en Chile existe el problema indio. Un poco más al norte, en el Perú y en las otras repúblicas septentrionales, este problema es demasiado evidente y peligroso para que sea necesario tratar de descubrirlo.

Fuera del grupo compacto que forman entre Valdivia y Concepción, los araucanos han influido profundamente en la estructura étnica de Chile. Al comienzo de la época colonial muchos españoles que no habían recibido tierras se casaban con muchachas indias para adquirir su parte de tierra comunal. Por otra parte, Chile, por fortuna también está desprovisto de prejuicios raciales como el Brasil, y los matrimonios entre indios y chilenos se efectúan todavía corrientemente. En efecto, hacia fines del siglo XVIII, cuando la población de Chile no alcanzaba a más de medio millón de individuos se estima que se componía en esta forma: alrededor de 300.000 mestizos; 100.000 criollos (nacidos en Chile de padres europeos); unos 20.000 peninsulares o españoles recién llegados (la mayoría eran andaluces a los que se unían algunos vascos que dieron nacimiento a una minoría de comerciantes llenos de energía); y, en fin, un escaso número de negros y de indios emancipados hacía poco. Desde entonces, la raza chilena no ha dejado de progresar en el sentido de la unidad y de la

heterogeneidad. Pero, si se tiene en cuenta la desaparición de los negros y la adición de nuevos grupos de inmigrantes venidos de Europa central y septentrional, es probable que las proporciones sigan siendo las mismas y que los metizos predominen siempre ampliamente.

Cuando se viaja hacia la capital, se ve a lo largo del camino o en las estaciones del ferrocarril la viviente ilustración de este hecho. Todos esos hombres de tipo español, de hermosura tosca, "huasos" a caballo (son los gauchos de Chile), inquilinos más desaliñados, trabajadores o peones chilenos, tienen la piel más oscura de los iberos y, a veces, su tipo delatan un ligero rastro mongoloide. Sus rasgos duros y viriles están en armonía con la pintoresca aspereza de esta región intermedia del país. El paisaje se compone de elementos vastos y majestuosos. En los puertos minúsculos buscan abrigo las viejas barcas sin ningún encanto y los pesados veleros; en los caminos, yuntas de bueyes a paso lento tiran carretas rechinantes, cuyas ruedas pesadas, evocadoras de imágenes bíblicas, se hunden en el barro; campesinos descalzos agujonean a las bestias; detrás de ellos se despliega un magnífico calidoscopio de volcanes, de toscas cabañas de madera, de bosques frondosos y valles risueños que forman una cinta interminable de belleza salvaje. Este es el país que rápidamente se convierte en una de las principales atracciones turísticas de la América del Sur. A menos de un día de vuelo de Nueva York, esta región, que presenta el atractivo de la transposición de las estaciones por encontrarse al sur del Ecuador, ve crecer cada año el número de turistas que vienen de Estados Unidos y de otros países, atraídos además de la esplendor de su paisaje, por los excelentes hoteles de la región de los lagos y por la posibilidad de practicar el ski y nadar en el mar en las vecindades de ciudades modernas.

Dejando atrás Puerto Montt y Concepción, se llega al sector medio del Valle Central, una de las zonas más fértiles del globo. El clima es ideal, la vegetación digna del Mediterráneo; en este territorio se ha fundado toda la economía del país desde el nacimiento de la época colonial. Estos campos verdeantes y apacibles, cuya fertilidad es legendaria, y que no tienen necesidad de abono, (sic) podrían engendrar riquezas más grandes todavía. Pero hasta aquí Chile no ha sabido explotar conve-

nientemente su California. Cuando se vuela sobre los campos que rodean la capital, es sorprendente comprobar que lo que podría ser un verdadero granero de cereales está sólo parcialmente cultivado. Por lo general, un campo de cada diez se dedica al cultivo de cereales; muchos quedan en barbecho, son invadidos por malezas o transformados en pastizales donde pacen caballos y vacunos. En este país, cuya riqueza potencial es tan grande, los trabajadores son pobrísimos, ellos son los inquilinos, que cultivan los inmensos "fundos" o "haciendas", el equivalente chileno a las "estancias" argentinas.

El fundo deriva directamente de la "encomienda" española<sup>1</sup>. Valdivia, a semejanza de los conquistadores de los otros países, recompensó los méritos de sus soldados distribuyéndoles generosamente tierras e indios. Creó así una clase feudal de terratenientes dotados de poder absoluto sobre sus vastos dominios y sobre los indios que habían recibido como siervos. Muchos de los fundos pertenecen todavía a las mismas familias a quienes Valdivia atribuyó tierras para recompensar los servicios de sus antepasados. Pero hay algo más: algunos de estos dominios se administran aun como en la época colonial.

Chile posee, por habitante, más tierras cultivables y praderas que California, Suecia, Suiza o Nueva Zelandia (países similares bajo muchos aspectos). Sin embargo, en lo que concierne a los productos agrícolas la producción "per cápita" es menos de la mitad de la de Suiza y Suecia, un tercio de la de California y sólo la séptima parte del promedio de producción de Nueva Zelandia. El rendimiento por hectárea de tierra cultivable o de pradera alcanza solamente a un quinto de la de Nueva Zelandia y a la dieciseisava parte de la de Suiza.

Pero, sobre todo en lo que concierne a los alimentos básicos, la producción de Chile es francamente deficiente; en particular, la leche y la fruta tienen un consumo restringido. Y, sin embargo, quienes han visto las espléndidas frutas y verduras que se exhiben con profusión en los mercados de las ciudades chilenas deben haber comprendido que no se puede tachar la fertilidad del suelo del Valle Central. En efecto, todos

<sup>1</sup>El autor confunde aquí el "repartimiento" o tierras que se asignaban a cada español, con lo que es propiamente "encomienda" o conjunto de indios pobladores de esas tierras, que se "encomendaban" al propietario. (N. del E.).



los expertos están de acuerdo en reconocer que en Chile la agricultura podría sostener una población mucho más numerosa que la actual, y que, en consecuencia, el país podría evitar onerosas importaciones de ganado y de granos que representan hoy una pesada carga para los recursos de su comercio exterior.

Pero todo depende de la reforma de un sistema dentro del cual un grupo de familia, que en su mayoría viven de rentas o son propietarios ausentistas, monopoliza en la práctica la tierra cultivable de Chile. El problema de los fundos es posiblemente el más grave de los que se plantean a la República chilena si pretende transformarse en forma progresiva en un Estado en situación de adoptar el ritmo de la industrialización que justificarían sus recursos. Casi toda la tierra cultivable del país está repartida, ya sea en haciendas de 100.000 hectáreas o en "fundos" que abarcan de 2.000 a 5.000 hectáreas. Aunque de todos los países de América Latina, Chile es el que posee las más claras estadísticas, no es fácil comprobar hechos y cifras sobre este punto. En todo caso, en 1937, se estimaba que menos del 1,5% del número de propiedades agrícolas correspondían a cerca del 70% de tierras cultivables. Según un estudio más serio y más reciente, cerca del 90% de estas mismas tierras constituyen haciendas inmensas; lo que viene a significar que tres cuartos de la población rural de Chile central trabaja en estas grandes propiedades. Por otra parte, dados el gran número de tierras destinadas a talaje y los antiguos métodos de producción, generalmente ineficaces, el mismo estudio afirma que menos de un décimo de la tierra se cultiva verdaderamente en forma productiva.

Cualquiera que sea la justificación histórica, es evidente que el sistema de fundos, ha dejado de ser útil hace tiempo. Si tal sistema persiste, es porque durante más de un siglo los terratenientes han gobernado en Chile, del mismo modo que han gobernado, aunque por más tiempo en la Argentina. En la rutina cotidiana, la cultura intensiva se ignora prácticamente en Chile; sería, por lo demás, incompatible con el carácter y la mentalidad de los propietarios de esos vastos dominios, que desde el momento que obtienen una renta que les permita vivir agradablemente en la capital, no demuestran el menor interés por una explotación más racional y más completa, por mucha importancia que ella pueda te-

ner para la prosperidad general del país. Se estima que si se dividiera la tierra cultivable del Valle Central, en pequeñas parcelas dedicadas al cultivo intensivo (con una ampliación del sistema de regadío) se podría elevar considerablemente el nivel de vida de los míseros campesinos y mejorar rápidamente las condiciones sociales y el estado deplorable de la salubridad pública en los campos chilenos.

Entretanto, la experiencia administrativa y la influencia social, a las que se añaden el nivel superior de su instrucción, su riqueza y el apoyo que les da la Iglesia, hacen de los terratenientes un grupo estrechamente unido que guarda con celo sus privilegios gastados por el tiempo. Pero existe también el revés de la medalla: bajo la influencia de las mismas fuerzas, los inquilinos y otros trabajadores campesinos, vagamente conscientes de sus derechos políticos y sociales, están sometidos a una semiservidumbre que engendra la apatía y la ignorancia, y priva a la nación de riquezas positivas por conservar la renta incierta que obtiene de las exportaciones de salitre y cobre, renta que depende de la fluctuación de los precios del mercado mundial y que escapa, por lo tanto, al control chileno.

Es la misma historia de los otros países del continente: la herencia del pasado colonial. Si el problema no ha tomado todavía en Chile la misma fuerza explosiva que en Argentina y Brasil, es debido a diferentes circunstancias particulares. Dado que las entradas obtenidas del salitre y del cobre han predominado siempre en el conjunto de la renta nacional, la agricultura nunca ha dominado toda la economía, como en el caso del Brasil y Argentina. Además, a consecuencia del acceso relativamente rápido del partido burgués al poder, existe un sistema bastante desarrollado de servicios sociales que ha contribuido grandemente a neutralizar la presión revolucionaria engendrada por el antiguo sistema de latifundios. En fin, hace poco, el interés suscitado por la industrialización del país y la explotación de sus variados recursos en materias primas, han tendido una vez más, a desviar la atención del problema agrario. Pero no puede tratarse más que de una tregua que permitiría a Chile encontrar una solución largamente madura a un problema que no debe ser propuesto por más tiempo.

En realidad, desde 1920 se han hecho varias tentativas para encontrar esta solución.

En 1928 se creó un Instituto de Colonización Agrícola que ha hecho mucho por modernizar y mecanizar los campos. Pero no obstante el incremento de las actividades de este Instituto, el sistema de grandes propietarios no ha experimentado sino pequeños cambios. Parece que solamente unas 350.000 hectáreas han sido distribuidas a poco más de 3.000 familias para asegurar la existencia de unas 30.000 personas. Si se piensa que más de un tercio de la población de Chile, es decir más de dos millones de individuos, dependen de la tierra, esta cifra no da la impresión de que un cuarto

de siglo de esfuerzos haya permitido llegar al corazón del problema.

Y, sin embargo, en los puertos y en las minas, los obreros chilenos se organizan activamente. Si se permitiese a las masas campesinas desposeídas, engrosar aquellas filas, la situación podría ser peligrosa. Hasta aquí Chile ha preferido el camino de la evolución al de la revolución. Bastaría, posiblemente, hacer frente en forma enérgica al problema agrario para asegurar la continuidad de esta loable tradición.

*América Latina entra en escena.* Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1953. Págs. 170-187.